



Revista del CESLA

ISSN: 1641-4713

bebereza@uw.edu.pl

Uniwersytet Warszawski

Polonia

Guanche, Jesús

Identificación de los componentes étnicos africanos en Cuba: contribución a su estudio en los siglos
XX y XXI

Revista del CESLA, núm. 7, 2005, pp. 237-251

Uniwersytet Warszawski

Varsovia, Polonia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=243320976013>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Jesús Guanche

Identificación de los componentes étnicos africanos en Cuba: contribución a su estudio en los siglos XX y XXI

Durante más de siglo y medio diversos investigadores se han interesado por la múltiple presencia africana en Cuba desde variados campos disciplinares. Los geógrafos Esteban Pichardo y José María de la Torre, el naturalista Felipe Poey, el médico Henri Dumont y el filólogo José Miguel Macías realizaron diversas identificaciones matizadas por el nivel de conocimientos del siglo XIX, pero sirvieron de precedente a las diferentes aproximaciones y clasificaciones realizadas lo largo de los siglos XX y XXI.

En el presente artículo, que sintetiza un capítulo del libro *Africanía y etnicidad en Cuba: los componentes étnicos africanos y sus múltiples denominaciones*, aun inédito, en el que valoro los esfuerzos realizados por varias generaciones de autores que hemos tratado de deshilvanar la compleja madeja de las múltiples denominaciones étnicas dadas a los africanos por el comercio esclavista para develar sus verdaderas identidades con el objetivo expreso de identificar de manera más precisa la significativa influencia múltiple en nuestra formación nacional.

Las tres aproximaciones de Ortiz

La monumental obra de Fernando Ortiz (1881-1969) ha estado indeleblemente subrayada por una muy significativa dedicación al estudio de las tradiciones culturales africanas como parte substancial de la formación histórica de la cultura cubana. Ortiz, como otros intelectuales, va madurando en el proceso de investigación y profundización en diversos temas de interés. El estudio de los componentes étnicos africanos en la cultura cubana es también un fiel reflejo de ese proceso.

En este campo temático encontramos tres aproximaciones que le sirvieron para abrir nuevos intersticios sobre múltiples aspectos, convertidos más tarde en ensayos, artículos, monografías, auspicio de instituciones y revistas.

La primera de ellas se encuentra en *Los negros brujos* (1906), donde aporta una relación de veintiséis denominaciones. La mayoría de las cuales se refiere a topónimos vinculados con los puertos de embarque y a los lugares de asentamiento o captura de africanos esclavizados; en menor medida encontramos etnónimos, cuya identificación le sirve para discrepar con otras obras consultadas. A diferencia de sus antecesores decimonónicos, Ortiz emplea diversas fuentes históricas, geográficas, antropológicas y lingüísticas de autores belgas, franceses e ingleses que utiliza para comparar y cotejar con las fuentes cubanas existentes. Esta obra, aún muy marcada por el positivismo lombrosiano, es un texto de juventud muy superado posteriormente, pero en este tópico, Ortiz parte de él para renovados propósitos.

Cuando en 1916 publica *Los negros esclavos*, se aprecia una intensa y extensa continuidad del tema, ya que en esa ocasión incluye ciento diez denominaciones, entre principales y derivadas. En esa oportunidad amplía las fuentes y localiza mapas antiguos y obras de los siglos XVII y XVIII. Sin embargo, él mismo reconoce la limitación del intento cuando al final señala:

La precedente nota, desprovista de la debida ordenación y depuración etnológica, acaso no esté completa. Pero basta observar la localización de dichos países, para poner de manifiesto la considerable extensión de territorio que abarcó la trata negrera en sus rapiñas. Más todavía. Si se tiene en cuenta que bajo los nombres mencionados llegaban con frecuencia a América negros del interior del continente africano. Muchas veces, en la imposibilidad en que se encontraban los negreros de llevar la especificación etnográfica hasta el extremo de la realidad, los esclavos eran denominados según el país en que se adquirían, aun cuando no fuere el de su nacimiento [...] (1987:56-57).

Una tercera aproximación la efectúa en el Glosario de afronegrismos (1924), que con un orden alfabético se basa en los trabajos anteriores e incluye ciento quince denominaciones principales y otras cruzadas, en las que consulta nuevas fuentes respecto de los textos antes publicados.

En ninguna de las tres relaciones Fernando Ortiz se propone una sistematización de los componentes étnicos africanos en Cuba, sólo pretende exponer la complejidad del tema, tomar conciencia al respecto y dejar abierto el camino. Por esto, en *Los negros esclavos* vuelve a reflexionar sobre algunas ideas esbozadas anteriormente en *Los negros brujos* (1995:26-27):

Los pueblos poderosos de la costa hacían frecuentes y hasta periódicas incursiones en las comarcas del interior para proporcionarse, por el comercio o por la fuerza, materia de cambio para negociar con los hombres blancos que compraban hombres negros, los cuales llegaban a Cuba denominados como originarios del puerto o región de su embarque. Esto sucedía por ignorancia de la geografía y de la etnografía africanas del interior, cosa nada de extrañar en los dos primeros tercios del siglo pasado, cuando los descubrimientos y exploraciones de aquel continente no había alcanzado el desarrollo que lograran después. Pero podía suceder también, por el interés que solían tener los negreros en escurrir castigos por haber importado negros procedentes de países cuya importación estuviese prohibida, o por evitar el bajo precio que ciertos negros alcanzaban por su mala fama de levantiscos y rebeldes [...] (Ibídem:57).

Todo lo anterior contribuye a desbrozar el camino para conocer los problemas del estudio de los componentes africanos en la formación etnosocial de Cuba. Resulta muy significativo que la obra de Ortiz sirve de estímulo a diversos estudios de sus contemporáneos y a posteriores trabajos de investigación.

El impulso de Pérez Beato

Motivado por la lectura reiterada de *Los negros brujos* de Fernando Ortiz, el gaditano Manuel Pérez Beato (1857-1920) publica en 1910 un breve artículo sobre la "Procedencia de los negros de Cuba". Consciente de la complejidad del tema consulta otros documentos de la época colonial temprana no referidos por Ortiz ni por otros autores y encuentra datos de interés sobre las diferencias entre los lugares y denominaciones de procedencia de los primeros esclavos importados durante los siglos XVI y XVII respecto de los que habían sido traídos a lo largo del siglo XIX.

Sin una pretensión clasificatoria aporta sesenta denominaciones étnicas de los dos primeros siglos de colonización hispánica, de las cuales treinta no habían sido tratados por Fernando Ortiz. Este primer acercamiento le facilita trabajar en un artículo mucho más amplio sobre "La condición social de los negros en La Habana durante el siglo XVI", publicado también en la *Revista Bimestre Cubana*.

Junto con los datos acopiados sobre la importación general de esclavos durante el referido siglo, evalúa el lento proceso de crecimiento de la población de La Habana y la gran escasez de africanos esclavizados.

Sin embargo, en 1575 cuando muere el rico vecino Antón Recio, tras fundar el primer mayorazgo de la Isla, aparece la procedencia de los cuarenta y siete esclavos que tenía destinados al servicio doméstico, de ellos, cinco eran menores de edad.

En esta relación aparece uno del norte de África (berberí) y otro procedente de la península de Yucatán (Campeche), el resto abarca desde la parte más occidental de África Subsahariana hasta el área bantú, pasando por la costa de los esclavos hasta el Calabar.

Estos trabajos fueron retomados por Fernando Ortiz y otros autores en sus incursiones en el tema.

Grupos y subgrupos clasificados por Lachatañeré

Otro significativo esfuerzo fue realizado por Rómulo Lachañeré (1909-1951), quien en 1939 da a conocer en la revista Estudios Afrocubanos un artículo sobre los "Tipos étnicos africanos que concurrieron a la amalgama cubana", como parte de una serie de trabajos dedicados a El sistema religioso de los lucumí y otras influencias africanas en Cuba.

El autor se propone por primera vez "ordenar en una clasificación a las tribus y pueblos de africanos conocidos en Cuba a causa de la esclavitud" (1961:5). Para esto se basa en una parte de lo hasta entonces realizado por Fernando Ortiz (1916) y Manuel Pérez Beato (1910), junto con otras fuentes inglesas y norteamericanas que le sirven de orientación y comparación.

La nueva propuesta de clasificación, a diferencia de las de Dumont y de la Torre, está limitada al África Occidental. Tras el referido trabajo de Lachatañeré no se vuelven a realizar intentos de clasificación hasta mediados de los años 90.

La labor divulgativa de Martín

También en 1939 el periodista Juan Luís Martín (1898-1973) publica las conferencias pronunciadas en el Círculo de Bellas Artes y en la "Logia Fraternidad y Constancia" con el título De dónde vinieron los negros de Cuba. Los mandingas, gangás, carabalís y ararás: su historia antes de la esclavitud.

Basado en obras de reconocidos africanistas como Leo Frobenius (1873-1938) y A. B. Ellis, pero sin hacer referencias a fuentes específicas, asocia el desarrollo de las civilizaciones nigerianas con el antiguo Egipto, pero no con el simple sentido unidireccional concebido por la escuela difusionista, que creía que los rasgos culturales tienen un único origen a partir del cual se expanden geográficamente y son adoptados por otras sociedades, sino en una interacción mutua.

En relación con los lucumí (a quienes no se refiere en el título del trabajo) alude a los conocidos en Cuba como lucumí oyó, lucumí arará y lucumí gangá, pero sin indicar fuentes. De los primeros solo señala su filiación yoruba, la antigua relación con otras culturas norafricanas y los posteriores nexos con el vocabulario de sus descendientes criollos en Cuba.

Dedica un epígrafe a los mandinga y gangá, en tanto denominaciones de africanos muy asociadas con los orígenes de la trata trasatlántica. Sin embargo, señala que "mandingas, manis y gangás, son, exactamente, los mismos grupos étnicos" (1939:16). Para intentar la demostración de su aseveración alude a supuestas analogías etimológicas entre los términos y no a su relación con los lugares de captura, concentración y embarque.

La deducción de Martín, sólo por la vía lingüística, es errónea, ya que si bien resulta importante considerar las variaciones etimológicas de los vocablos de una lengua a otra, en el caso del tráfico esclavista hay que enfatizar en cómo influyeron los lugares del tráfico (ríos, embarcaderos, sitios de concentración) en el condicionamiento de denominaciones comerciales para los pueblos africanos que fueron sometidos a este holocausto.

En Cuba, aunque las denominaciones se entrecruzan constantemente, pueden deslindarse componentes étnicos bien diferenciados. Entre los que reporta como gangá Martín refiere los "Mina, Popó, insuru, oyesa, tacuá, arriero, fay, bombali, ña-dejuma, taverofu, gimbujuá, gorá, bucheg, bromu, coso, cramo, longobá, moní, kisi, firé, maní y popó" (1939:18), pero sin un atisbo de sistematización, ya que el último lo repite al inicio y no los identifica.

A diferencia de todos los trabajos anteriores, Martín trata de relacionar los nombres de varias sociedades masculinas abakuá de La Habana con un conjunto de denominaciones étnicas del área del Calabar a partir del libro de Roche Monteagudo sobre La policía y sus misterios en Cuba.

Las contribuciones de Deschamps

En 1969 Pedro Deschamps Chapeaux (1913-1994) publica un artículo sobre "Marcas tribales de los esclavos en Cuba" a partir de los datos correspondientes a los esclavos prófugos reportados en el Diario de La Habana entre 1821 y 1824.

Junto con las marcas corpóreas (escarificaciones), que es el objetivo central, aparecen diversas denominaciones étnicas y, en esa oportunidad, reporta algunas que no habían sido referidas por los estudios anteriores. Tales son las de congo muriaca, lucumí aguza, guari, jausá, carabalí macuá, ososo, mandinga osusu. Todo esto no es más que un elemental punto de partida para un propósito mayor.

En 1970 Deschamps obtiene el Premio Ensayo de la UNEAC con El negro en la economía habanera del siglo XIX. El propio autor señala al respecto:

El período de 1820 a 1845, es a nuestro juicio, el que presenta con más detalles, documentalmente respaldados, la importancia que dentro del campo de la economía habanera, alcanzaron algunos negros y mulatos libres, importancia que no puede desconocerse (1970:11).

La estrecha relación que posee la población libre afrodescendiente con la constitución de los batallones de "pardos" y "morenos" leales de La Habana, el dominio de oficios claves como músicos, maestros, sastres, carpinteros-ebanistas, barberos-dentistas y comadronas o parteras, y la posesión de inmuebles para sus asociaciones, le conduce al estudio de los cabildos de africanos y descendientes.

La ubicación de los cabildos, denominados entonces "de nación", le permite dar a conocer diversas denominaciones étnicas no registradas por Ortiz ni Lachatañeré, que son las fuentes publicadas que emplea.

Varios legajos del Archivo Nacional de Cuba refieren litigios entre cabildos de diversa procedencia étnica por la propiedad de inmuebles y su estudio hace posible descubrir nuevas denominaciones no reportadas anteriormente. Deschamps no se propuso una sistematización de éstas, ya que el objetivo de la obra es otro más abarcador. Aunque el autor tampoco aborda la identificación étnica de estas denominaciones, representa una significativa contribución, pues parte de fuentes no consultadas con tales propósitos.

Valdés Bernal y los grupos etnolingüísticos subsaharanos

El destacado lingüista Sergio Valdés Bernal (1940-) da a conocer en 1985 un estudio sobre las "Dificultades para la identificación de los grupos etnolingüísticos subsaharianos introducidos en Cuba durante la esclavitud" donde subraya que "casi todas las familias lingüísticas subsaharianas estuvieron presentes en la gran masa de esclavos traídos a las Américas" (345).

En el caso de Cuba destaca los trabajos realizados en el siglo XIX por Pichardo, Macías, de la Torre y Dumont (ya referidos) y durante la primera mitad del siglo XX los efectuados por Pérez Beato, Ortiz, Martín y Lachatañeré. Tras evaluar cada uno de ellos concluye que:

Si bien es cierto que estos trabajos constituyen un aporte al conocimiento de los componentes étnicos de origen subsahariano en Cuba, hoy día no satisfacen las necesidades de las investigaciones respecto del legado lingüístico de ese origen en el español de Cuba, más bien sirven de punto de partida para ulteriores investigaciones (348).

Posteriormente resalta las reflexiones críticas realizadas por López Valdés acerca de la distinción conceptual sobre los etnónimos y las denominaciones étnicas para comprender la diversidad de términos que aparecen y sus dificultades de identificación y clasificación. Considera, con razón, que:

Realmente, para los etnógrafos es un verdadero dolor de cabeza desentrañar esta madeja de denominaciones étnicas y de etnónimos, en aras de poder precisar cuál ha sido el verdadero aporte de los pueblos subsaharianos a la formación de las naciones en el Nuevo Mundo (352).

En las décadas más recientes nuevas investigaciones al respecto han enriquecido este importante campo del conocimiento, tales como los trabajos de Lidia González Hugué y Jean René Baudry, José García González, Cándida Judith de Quesada Miranda, Gema Valdés Acosta y J. García González, el propio autor e Isabel Martínez Gordo.

Los trabajos de López Valdés

En 1986, Rafael L. López Valdés (1940-) publica dos trabajos basados en el estudio de los componentes africanos y sus descendientes en archivos parroquiales y otras fuentes. El primero de ellos trata sobre la "Pertenencia étnica de los esclavos de Tiguabos (Guantánamo) entre los años 1789 y 1844". Basado principalmente en

los libros de bautismos, aporta un listado de 62 denominaciones étnicas que le sirve de referencia para relacionarlas con los etnónimos correspondientes, su cantidad y el % del total. Posteriormente los clasifica según las cinco principales regiones de procedencia de esclavos africanos hacia Cuba; es decir:

Zona I. Entre Cabo Blanco y Cabo Palmas en la Guinea Superior, desde el actual Senegal hasta Liberia;

Zona II. Costa de Oro, desde Costa de Marfil a Ghana;

Zona III. Costa de los Esclavos, desde Togo hasta Camerún;

Zona IV. Entre Cabo López y Cabo Negro, desde Gabón hasta el sur de Angola; y

Zona V. Costa oriental de África, que incluye principalmente el área de Mozambique.

El segundo trabajo se refiere a "Notas para el estudio etnohistórico de los esclavos lucumí de Cuba". Basado en fuentes orales propias de la práctica religiosa del complejo ocha-ifá y en varias fuentes escritas de archivos históricos y parroquiales, en libros de viajeros y costumbristas, refiere 137 denominaciones que aparecen con el rubro genérico de lucumí.

De modo análogo al anterior trabajo, establece la relación entre los etnónimos africanos con las denominaciones étnicas conocidas en Cuba. Aunque la mayoría de las denominaciones étnicas (48,15 %) son identificadas con el conglomerado étnico yoruba, también entraron en Cuba con esta denominación personas esclavizadas pertenecientes a los pueblos adja, achanti, baji, bariba, basange, bonda, edo, ekoi, fon, fulani, gbari, hausa, ibo, ijaw, malinke, mossi y nupe. Solo no pudo identificar quince denominaciones étnicas, pero lo más representativo es el amplio alcance pluriétnico de la denominación genérica lucumí, no asociable de modo simple con el etnónimo yoruba, como inicialmente creyó Fernando Ortiz.

Posteriormente, López Valdés y yo sostuvimos una entrevista con el entonces Arzobispo de La Habana, hoy Cardenal, Jaime Ortega Alamino, con el objetivo de valorar la significación de los archivos parroquiales de Cuba y con el propósito de obtener autorización para consultar esta importante fuente de información en La Habana. La autorización fue concedida casi inmediatamente. En ese momento, López Valdés coordinaba la realización del Atlas etnográfico de Cuba por el Centro de Antropología y ambos participábamos en el tema de historia étnica de Cuba. Él trabajaba en el estudio de los componentes africanos y yo en los componentes hispánicos. Paralelamente, un colectivo de autores del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana nos encontrábamos elaborando el Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba, y yo debía realizar el tema que encabezaría la obra; es decir, "El poblamiento de Cuba: aspectos etnodemográficos". De manera que hubo que simultanear varios objetivos de investigación: trabajar una muestra previamente diseñada sobre componentes hispánicos y obtener otra información muestral sobre componentes africanos, cuyos datos primarios cedimos posteriormente a López Valdés para complementar lo que ya venía realizando en otros archivos del país. De este trabajo aparece una síntesis cartográfica en el CD-ROM Atlas etnográfico de Cuba: cultura popular tradicional.

Los trabajos anteriores le sirvieron de antecedente para la publicación en el 2002 del libro Africanos de Cuba con el apoyo del Centro de Estudios Avanzados de

Puerto Rico y el Caribe y el Instituto de Cultura Puertorriqueña. Esta obra representa una importante contribución al estudio de los componentes africanos en Cuba desde el punto de vista etnohistórico, así como a la continuidad de su identificación y clasificación.

Tras varias décadas de trabajo en Cuba y en otros países de América y Europa, López Valdés aborda el estudio de los componentes étnicos asociados a la trata trasatlántica en siete capítulos: I. Bilad-as-Sudán, correspondiente a la parte más occidental de África al sur del Sahara; II. Los ríos de Guinea, en los que refiere los pueblos africanos involucrados en el tráfico de esclavos; III. Costa de oro y de los esclavos; IV. Los Reinos Dahomeyanos; V. Bajo el signo de Oyó, donde se concentra la mayor intensidad del tráfico hacia Cuba; VI. Al Este del Níger, destinado a los grupos que entran en Cuba con el nombre genérico de carabalí; y VII. Congos y macuás, dedicado al área bantú y su importante vínculo con el comercio de esclavos. Incluye un importante conjunto de denominaciones de africanos en Cuba, pero enfatiza mucho más en las áreas V, VI y VII que en resto.

De la Fuente y los esclavos de los siglos XVI y XVII

También en 1986 la revista *Anales del Caribe* publica un importante trabajo de Alejandro de la Fuente García (1963-) sobre las "Denominaciones étnicas de los esclavos introducidos en Cuba. Siglos XVI y XVII". Basado en los Protocolos notariales del Archivo Nacional de Cuba y en Archivos Parroquiales, identifica 41 denominaciones que clasifica según las seis zonas fundamentales de aprovisionamiento de esclavos en África propuestas por R. Mellafe para esa época, las que se van desplazando cronológicamente de norte a sur:

- I. Mauritania: parte norte del continente africano, Canarias y Cabo Verde [...].
- II. A fines del siglo XVI la gran factoría negrera es São Tomé, que dominaba el actual Camerún y parte del Congo [...].
- III. La caída de São Tomé en 1600 hizo que los portugueses desarrollaran un importante centro negrero al sur del río Congo incluyendo toda la región de Angola [...].
- IV. Esta zona abarca toda la región suroriental de África y los territorios asiáticos y de Oceanía en el ámbito del Índico [...] (77-78).

De acuerdo con los datos que aporta el autor se evidencia un desplazamiento del tráfico esclavista de las zonas II (32 %) —de predominio biafara— y III (32,8 %) —de predominio bran y zape— durante el siglo XVI, hacia las zonas IV (39,4 %) —de predominio arará y congo— y V (26,7 %) —de predominio angola— durante el siglo XVII.

Tal como reflejan otras fuentes, también se observa un tráfico esclavista temprano procedente de otras regiones de Europa como España y Portugal, y de América como Barbados, Campeche, Cartagena, Cuenca, Curazao, Florida, Honduras, Jamaica, Maracaibo, Martinica, Nueva España, Panamá y Santo Domingo, algunos de los cuales eran importantes centros de depósitos y distribución de esclavos en el continente.

Este trabajo contribuye a subrayar la compleja heterogeneidad del tráfico esclavista y su muy diversa distribución en la Isla.

El estudio muestral de Cremé Ramos

En 1994 la historiadora Zoe Cremé Ramos (1957-) publica un folleto acerca del Pesquisaje sobre la procedencia de los esclavos en la Jurisdicción de Cuba entre 1792-1838. Está basado en una parte de la información existente en el Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba, de modo particular en "los Protocolos Notariales, los fondos del Juzgado de El Caney, los del Juzgado de Primera Instancia y en los Testamentos, Inventarios, Cartas de Libertad y Contratos de Compra-Venta de Esclavos" (1994:3).

El estudio abarcó una amplia muestra de 7 236 esclavos, de los que aparecen 49 denominaciones étnicas. Con el objetivo de comparar lo encontrado con trabajos precedentes, la autora analiza uno de los textos de Fernando Ortiz y el ya referido de Rómulo Lachatañeré. Tras señalar las dificultades propias para abordar este enrevesado tema, compara las denominaciones registradas en esa ocasión por Ortiz, respecto del intento clasificatorio realizado por Lachatañeré.

Al plantearse una nueva clasificación para su área de estudio se apoya en las conocidas obras de Murdock y Hrbek, así como en uno de los trabajos del Instituto de Etnografía "Miklujo Maklai" de Moscú, publicados en la serie Problemas del Mundo Contemporáneo.

Agrupar las denominaciones en tres niveles, que de hecho se entrecruzan:

- a) las referidas a comunidades metaétnicas: balante, bambará, kongo, ibo, makuá, hatan, mongo, fula, mandinga.
- b) Las que designan topónimos: Angola, Costa firme, Carabalí, Cabo Verde, Mina, Mozambique, Guineos.
- c) Las que "no fueron imposible precisar": arará, lucumí, apa, bibí, brícamo, ganga, tfoli, ygora.

Añade, además, otras denominaciones como jamba, otambo, polan y atavá, que no pudo localizar en las fuentes consultadas.

El anterior criterio taxonómico, sin dejar de ser otra aproximación, es muy cuestionable, pues en el contexto cubano una denominación como kongo, por ejemplo, que también aparece transcrita con c (congo), tuvo una evidente acepción geográfica en relación con la gran arteria fluvial por donde eran embarcados miles de personas de muy diversa pertenencia étnica. En este sentido, los etnónimos referidos en el acápite a) no son comunidades metaétnicas, sino etnias con todas las complejidades y características que poseen. De igual modo, las denominaciones de Carabalí y Mina, por ejemplo, no sólo son topónimos, sino que su contenido es metaétnico, pues ambos denotan importantes centros de confluencia de esclavos de muy diverso origen. Los que aparecen en el epígrafe c) son clasificables pero con otro criterio taxonómico a partir de la correlación con una muestra de denominaciones más abarcadora que incluya todas las variantes de transcripción posibles.

Independientemente del punto de vista empleado, lo más significativo del trabajo, a diferencia de otros, es que la autora incluye en la muestra la numerosa población afrodescendiente registrada como criolla (2 831; es decir, el 39,12 % del total) lo que refleja el intenso tráfico intracaribeño hacia y desde Santiago de Cuba. Este trasvase humano enriqueció, sin dudas, el cosmopolitismo multilingüe de la ciudad y sus áreas colindantes. De ellos el 52,20 % son nacidos en Cuba, mientras que

el resto procede de Haití (Saint Domingue) y Santo Domingo, Jamaica, Puerto Rico, Colombia (Cartagena de Indias, Santa Marta), Venezuela (Maracaibo) y Curazao, y otros territorios de habla francesa, holandesa, inglesa y portuguesa.

En el caso de las denominaciones étnicas de africanos, lo más importante es que este trabajo aporta 13 denominaciones nuevas respecto de las 38 registradas. A diferencia de otras áreas del país, la presencia etnolingüística bantú asciende al 55,34 %, si consideramos denominaciones étnicas como congo, mongo, makuá, mondongo, motembo, angola, kuba y mozambique.

Este trabajo constituye un significativo esfuerzo en la identificación de los componentes africanos en Santiago de Cuba.

Guanche y los componentes étnicos africanos

En 1996 la Colección La Fuente Viva de la Fundación Fernando Ortiz publica mi libro Componentes étnicos de la nación cubana, cuyo cuarto capítulo está dedicado a los "Componentes étnicos africanos". Por esos años veníamos trabajando simultáneamente en los textos de "Historia étnica de Cuba", que finalmente realizamos junto con la Dra. Ana Julia García Dally, para el Atlas etnográfico de Cuba, y en el de "El poblamiento de Cuba: aspectos etnodemográficos", para el Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba. Al calor de las discusiones cartográficas y del resto de los textos de ambos Atlas, nos dimos a la tarea de sistematizar el conjunto de denominaciones étnicas africanas en Cuba y presentamos una tabla resumen sobre la "Pertenencia étnica y lingüística de los principales grupos de esclavos africanos en Cuba". Esta tabla, aun muy lejos de agotar el tema, parte de un criterio taxonómico receptivo, es decir, inmigratorio, por ello se ordena desde la denominación metaétnica conocida en Cuba, luego la relaciona con el etnónimo de origen en África, su ubicación por países actuales donde residen estas etnias, el % de cada una que vive en el país, la pertenencia lingüística y otras denominaciones referidas en Cuba y en sus lugares de origen.

Se identifican ocho denominaciones metaétnicas agrupadas por orden alfabético: arará, carabalí, congo, gangá, lucumí, macuá, mandinga y mina, cuyo alcance semántico envuelve diversas denominaciones étnicas y etnónimos. Se clasifican apenas una treintena de etnónimos principales en África respecto de cada denominación genérica y se relacionan sólo unas 229 denominaciones conocidas en Cuba, lo que se encuentra muy lejos aun de una sistematización más abarcadora. En esta oportunidad también se incluyen algunas denominaciones encontradas como resultado de la compra-venta de esclavos en Las Américas y el Caribe.

Este paso inicial nos permitió combinar, con una muestra mucho mayor, los puntos de vista de la emigración forzada desde África respecto de la visión inmigratoria en relación con la diversidad de denominaciones y su nueva propuesta de clasificación.

La búsqueda de nuevas fuentes y diversos trabajos realizados por autores nacionales y de otros países ha sido una motivación básica para replantearnos la temática desde una perspectiva más abarcadora y compleja.

Núñez Jiménez y la prensa periódica colonial

Al frente de un colectivo de colaboradores, en 1998 Antonio Núñez Jiménez (1923-2000) publica *Los esclavos negros*. En el texto se anexan 1294 anuncios de compra, venta y alquiler de esclavos, junto con la entrada de embarcaciones que conducían este tipo de mercancía humana para ser colocada y vendida en los barracones cercanos al puerto de La Habana.

Los anuncios son tomados de *El Papel Periódico de la Habana* (1790-1805), *El Aviso*, *Papel Periódico de la Habana* (1807-1808), *El aviso de la Habana* (1809-1810), *Diario de la Habana* (1810-1870), *Diario del Gobierno de la Habana* (1812-1834), *Gaceta de La Habana* (1849-1868) y *Diario de la Marina* (1879-1886). En ellos se ofrece un amplio panorama de denominaciones étnicas, oficios, ocupaciones, precios, descripciones físicas y lugares de procedencia o de pertenencia de esclavos africanos y criollos. Esta información hace posible ampliar y comparar lo ya estudiado por otros autores y detallar el trasiego de embarcaciones desde África, las Américas y el Caribe.

En el texto también se describen, de modo muy somero, las "etnias y procedencias de los esclavos africanos" a partir de algunas fuentes representativas de los siglos XIX y XX, aunque se enfatiza en la indudable significación de la prensa periódica.

Presencia bantú en Santiago de Cuba

En el año 2000 la revista *Del Caribe* publica un interesante trabajo de Rebeca Calderón, Elsa Almaguer y Milagros Villalón sobre la presencia de africanos de origen bantú en la antigua Jurisdicción de Santiago de Cuba entre 1823 y 1855. A partir de los documentos existentes en el Archivo Histórico Provincial de Santiago de Cuba en los fondos del Gobierno Provincial de Oriente, el Juzgado de Primera Instancia, los Protocolos Notariales y la Anotaduría de Hipotecas, las autoras obtienen 63 denominaciones con una importante tabla que incluye 10 959 esclavos.

Según los criterios de clasificación lingüístico-cultural incluyen el 35 % de procedencia bantú, el 27,1 % carabalí, el 16 % mandinga y el 28 % restante lo relacionan con "otras etnias". Aunque el agrupamiento clasificatorio es incorrecto en algunos casos, los datos recopilados constituyen una importante fuente primaria de información, ya que aporta nuevas denominaciones respecto de todos los estudios anteriores.

Africanos en Ranchuelo

El propio número de la revista publica otro artículo de Silvia Padrón Jomet y Tania Bonachea Macías sobre los asentamientos de africanos y descendientes en Ranchuelo entre 1818 y 1874. Sobre una muestra de 2 592 personas se observa un amplio predominio de los identificados como "guineos" (67,32 %), mientras que el 32,68 % restante se distribuye entre otras trece denominaciones, algunas de ellas muy imprecisas como "África" y "Costa de África".

En relación con las principales denominaciones las autoras señalan:

La entrada de guineos aumenta entre 1831 y 1860, lo que indica que ellos constituyeron la principal mano de obra en la fabricación de azúcar de los ingenios existentes. [...] Hay una gran parte de los esclavos, representados en un 17,44 %, de los que sólo se conoce su

origen africano, a muchos se les denomina de nación o de África, sin otra referencia, ya sea por desconocimiento del dueño o porque el escribano de los registros no consideró necesario especificar más. [...] La costa de África resulta del mismo modo una procedencia imprecisa, lo cual confirma la idea de que lo que aparece registrado no es esencialmente la etnia, sino sólo el lugar de embarque para el continente americano (2000:78-79).

Aunque el trabajo no aporta denominaciones nuevas respecto de estudios anteriores, si enfatiza en el papel de las imprecisiones de los documentos como situación que complica el estudio de los componentes africanos en el área central de Cuba, a la vez que corrobora la reiteración de nombres genéricos de africanos de acuerdo con las relaciones de compra-venta y con la falta de atención de quienes debían escribir los registros.

Portuondo Zúñiga y los cabildos santiagueros

Nuevamente la revista *Del Caribe* publica un significativo artículo de Olga Portuondo Zúñiga sobre los "Cabildos negros santiagueros" en los que se aportan algunas denominaciones ya conocidas y otras nuevas por su transcripción.

A partir de la información contenida en el Archivo del Arzobispado de Santiago de Cuba se registran varios cabildos de "morenos" vinculados con la Iglesia Católica durante el siglo XIX. Tal como señala la autora:

Las Iglesias de Santiago privilegiadas con la presencia de uno o varios cabildos de nación fueron, en primer lugar, la de santo Tomás; en segundo, la de Trinidad; luego la de san Francisco y la del Carmen. Las dos primeras se encontraban en los límites de barrios donde residían morenos y mulatos libres. Allí se establecieron las casas templos en las que se levantaba un altar criollo para colocar la imagen patronal, por lo general una advocación mariana. De modo que la carrera procesional organizada por los cabildos de nación hacia el recorrido entre la iglesia correspondiente y la casa templo, residencia permanente de la patrona (2000:79).

Entre los cabildos registrados como congo se conocieron los brúcamo, tiberé y cacanda. El primero se encontraba bajo la advocación de la Virgen de Santa Inés y el segundo bajo el patronato de la Virgen de la Caridad del Cobre. Del tercero no hace referencia.

El cabildo registrado como cangá (posible transcripción de gangá) era portador de Nuestra Señora de Loreto.

Entre los cabildos inscritos como carabalí, aparecen los osese, izuana y elugo (todos con transcripciones distintas respecto de las registradas por otras fuentes). Los osese tenían como patrona a Nuestra Señora de Santa Bárbara; los izuana se encontraban bajo la advocación de San Juan Nepomuceno; y los elugo tenían a Nuestra Señora del Carmen.

El cabildo mandinga tenía su patrona (pero la autora no identifica la imagen) y su área de recorrido procesional bien delimitada.

También, el cabildo de mestizos y negros libres del Tivolí francés portaba la imagen de Nuestra Señora de Belén.

Aparecen otras solicitudes de licencias denegadas para formar cabildos o cofradías, entre ellos uno identificado como mina.

Este trabajo abre nuevas pistas sobre las relaciones socioculturales en Santiago de Cuba, tal como reflexiona al final la autora y complementa el anteriormente realizado por Cremé Ramos.

Novoa Betancourt y los esclavos de Holguín

En el 2001 se publica el premio de la ciudad 1998 obtenido por el historiador José Novoa Betancourt por el libro *Los esclavos en Holguín (1720-1867)*. Estudio Socio Demográfico, donde localiza 1160 orígenes de esclavos documentados comprados y vendidos en Holguín entre los años 1746-1817. De ellos el 25,5 % eran criollos y el resto africanos. De los registrados como "bozales" sólo en el 43,3 % aparecen denominaciones. Emplea como fuentes principales los Protocolos Notariales y el Archivo Parroquial de la Catedral de San Isidoro de Holguín entre 1778-1822.

De este modo aporta 22 denominaciones de las cuales 10 se reportan por primera vez en este tipo de estudios en Cuba. Aunque realiza un encomiable esfuerzo de identificación, es lógico que al menos en 8 de los casos no haya encontrado información.

Gómez Guerra y los esclavos de Camajuaní

El estudio de la plantación azucarera durante el siglo XIX en el antiguo partido de Camajuaní, Jurisdicción de Remedios, en el área central de Cuba, se encuentra estrechamente asociado con la fuerza de trabajo esclava como sostén esencial de la producción de azúcar. Sin embargo, debido a la vinculación tardía de la zona con esta actividad económica respecto del occidente de la isla, los esclavos, muchos descendientes de africanos nacidos en Cuba, proceden de otras partes del territorio cubano o directamente de la trata clandestina. Tal como señala el autor:

Al revisar las partidas de bautismos se puede apreciar claramente la procedencia de los esclavos criollos. [Al mismo tiempo] Nuestra región propiciaba el desarrollo de este contrabando dada la cercanía de las costas y puertos que, como Caibarién e Isabela de Sagua, facilitaban la introducción de esclavos fundamentalmente congos.

Los negros esclavos bozales traídos procedían en su totalidad de África. En el período de 1862-1867, de un total de 341 negros bozales bautizados, en 216 [63,34 %] de los casos se especifica que eran congos, para el resto (125) solo refieren como procedencia "africanos" (2001:15).

Este es otro de muchos ejemplos que dificulta sobremanera la identificación de los componentes africanos debido a la propia dinámica del tráfico y la movilidad espacial de los esclavos.

Basso Ortiz y los grupos gangá

Posteriormente, Alessandra Basso Ortiz presentó su trabajo de licenciatura en historia en la Universidad de La Habana con un texto sobre Los gangá en Cuba. La comunidad de Matanzas y su acontecer religioso (La Habana, CIDMUC, 2001) en los que aporta nuevos criterios valorativos para clasificar y distinguir los componentes étnicos identificados como gangá respecto de otros pueblos vecinos y de viejas confusiones al respecto.

Junto con las consideraciones críticas sobre aciertos y errores de otros autores ya referidos (Dumont, de la Torre, Ortiz, Lachatañeré, Martín y Guanche), aporta nuevas denominaciones registradas en el Archivo Histórico de Matanzas (AHM) en relación con los cabildos inscritos bajo esta pertenencia.

A diferencia del resto de las fuentes consultadas, identifica la denominación metaética gangá con la antigua jefatura ("reino" según la literatura occidental) Wangará (Gangará). Basada en la obra de Davison.

Como por el término wangará era identificado tanto un área geográfica como sus habitantes, de ahí las repetidas confusiones, por lo que Levtsion aclara:

El término Wangará se usaba tanto para el país de los Mandingas como para los comerciantes de habla mandé. [...] los Wangará y los Malinké son del mismo origen, pero mientras los Malinké son guerreros, los Wangará son esos comerciantes que viajaban de una parte del fin del mundo a otra (Basso cit. Levtsion, 2001:22).

Esto generó un amplio proceso migratorio pues muchos comerciantes se asentaban en pueblos diferentes, distantes del imperio, y asumían la lengua del pueblo receptor, a la vez que eran conocidos por diversos nombres, entre ellos el de dyula, convertido en sinónimo de comerciante.

De los pueblos mandé, de diverso y complejo origen, varios grupos emigraron al sur, coincidente con los actuales territorios de Guinea, Sierra Leona y Liberia.

Una contribución a estos estudios es la identificación de los gangá longobá o ñongobá con la jefatura Nongobá, perteneciente al pueblo bulom (bullom, bulem, bullum, kafu, sherbo, amapa, mampua), muy relacionado con los kisi de Sierra Leona.

Moliner y los cabildos matanceros

Resultado de un estudio en diversas fuentes documentales se publica en el año 2002 el libro de Israel Moliner Castañeda sobre Los cabildos afrocubanos en Matanzas. El texto se propone reconstruir aspectos históricos fundamentales de estas instituciones de africanos y descendientes en la referida ciudad. Como en otros casos, trata de identificar el origen étnico de los africanos y por ejemplo, en el caso de los que son identificados como carabalí refiere un conjunto de "etnias" sin aludir a fuentes (2002:44) y en el caso de los gangá, a diferencia de la solución dada por Basso Ortiz, los ubica erróneamente en el área bantú (2002:47), basándose en obras decimonónicas ya superadas como la de Ratzel, lo que lamentablemente hace poco confiable la información. No obstante, aporta datos primarios susceptibles de tomarse en consideración dada la cantidad de fuentes consultadas.

Recientemente, los trabajos de Martha Escalona, aun inéditos, aportan nuevas denominaciones a partir de la documentación del Archivo Histórico Provincial de Matanzas y vislumbran constantes sorpresas.

Una nueva propuesta

A partir de las anteriores fuentes consultadas, desde la primera mitad del siglo XVI hasta hoy, he localizado 1206 denominaciones de esclavos (africanos y criollos) cuya inmensa mayoría (93,27 %) proceden del sur del Sahara, en menor

medida de las Américas y el Caribe (4,81 %) y del Norte de África y Europa (1,92 %). De las anteriores denominaciones hemos podido identificar y clasificar 82 etnónimos propiamente subsaharianos, los cuales se corresponden con las zonas estudiadas de la manera siguiente:

Zona	Total	%
I	28	34,14
II	6	7,31
III	19	23,17
IV	25	30,48
V	4	4,90
Total	82	100,00

Aunque la zona I representa más de un tercio de la diversidad de etnónimos, los nexos históricos y comerciales durante la trata moderna de esclavos entre las zonas III y IV constituyen más de la mitad en la diversidad de etnónimos identificados, lo que se relaciona muy directamente con la mayor intensidad de los flujos culturales procedentes de las cuencas fluviales de los ríos Níger y Congo, respectivamente. La diversidad de los etnónimos identificados no se corresponde necesariamente con el monto, el ritmo ni la intensidad de la inmigración trasatlántica o transamericana y caribeña forzada, sino con los modos de denominar a los sujetos esclavizados para someterlos a los intereses del comercio trasatlántico, transamericano y caribeño. Este proceso incluye diversas variantes entre las que sobresalen las siguientes:

- a) la plena correspondencia de la denominación con el etnónimo como garantía de identificar lo que se vende, lo que permite identificar la pertenencia étnica de cada pueblo;
- b) la transformación de una denominación por otra debido a la demanda de un tipo de esclavo en el mercado, lo cual oculta la etnicidad desde el punto de vista documental;
- c) la falsa identificación de la denominación con los lugares de concentración y embarque de esclavos, lo cual también oculta o tergiversa la etnicidad;
- d) las variaciones de la denominación de acuerdo con la pertenencia lingüística de quienes denominan, independientemente del conocimiento o no del etnónimo, lo que denota una amplísima diversidad de transcripciones; y
- e) la identificación de la denominación con grandes áreas costeras o con todo el continente africano, lo que imposibilita cualquier ubicación precisa.

Aunque cuatro de las cinco variantes señaladas son propicias a la confusión y complicación de las identificaciones, ha sido posible determinar la amplia diversidad de pueblos representados en la esclavitud moderna y su compleja disrupción en el contexto cultural de Cuba, así como sus nexos con otros lugares de las Américas y el Caribe. Muchos de los referidos etnónimos, debido a la escasa representación cuantitativa de africanos, no han trascendido a la cultura nacional cubana debido a

múltiples razones: su presencia excepcional o muy escasa, la temprana mortalidad, la discontinuidad inmigratoria, la baja o nula reproductividad biológica, la disolución por asimilación en el contexto de los barracones de esclavos con mayor representatividad étnica de otro u otros grupos, los matrimonios mixtos en los que predominan mujeres nacidas en Cuba, y la ausencia de asociabilidad institucional en el contexto urbano. Por el contrario, la constante e intensa representación cuantitativa de grupos humanos identificados genéricamente como arará, congo, carabalí y lucumí han tenido una influencia predominante en la conformación de la herencia africana en la cultura nacional de Cuba; especialmente a través de la asociabilidad institucional de los cabildos de africanos y descendientes, que a su vez sirvieron de base para la formación de redes de familias religiosas con un carácter abierto a la participación social de sus cadenas intergeneracionales y del resto de la población cubana.

Se ha podido determinar, en primer lugar (según las áreas estudiadas en África) que las denominaciones étnicas de los africanos en Cuba se relacionan principalmente con topónimos e hidrónimos que designan e identifican los territorios y áreas fluviales o marítimas de procedencia, respectivamente; en segundo lugar se corresponden con los etnónimos y lingüónimos, o ambos, según las personas o grupos reconocidos por su pertenencia o filiación étnica y/o lingüística; y en tercer lugar con la reventa procedente del propio continente americano y las islas del Caribe. Se ha evidenciado que las denominaciones de los africanos en Cuba han sido identificadas principalmente a través de los vocablos transcritos en las lenguas de los países participantes en el tráfico esclavista, pues el estudio de las lenguas africanas vinculadas con el comercio de esclavos ha sido un proceso más reciente que depende del conocimiento y sistematización de la cultura de tradición oral en África.

La posibilidad de identificar y clasificar la mayoría de las denominaciones de esclavos africanos existentes en Cuba se corresponde con la alta capacidad de resistencia y supervivencia de los pueblos subsaharianos involucrados en el gran holocausto trasatlántico, lo que permite trazar las vicisitudes de la ruta de los esclavos, así como la complejidad y riqueza de su legado a los pueblos de las Américas y el Caribe.

Más de siglo y medio de investigaciones sobre el tema en Cuba hacen posible una renovada caracterización de los pueblos africanos involucrados en el tráfico trasatlántico para distinguir el abigarrado conjunto de denominaciones respecto de los etnónimos de origen. Sólo así podremos conocer con mayor certidumbre la complejidad y riqueza del cambio cualitativo efectuado entre las oleadas de esclavos respecto de la formación nacional. Sólo así podremos seguir, paso a paso, el legado de la ruta del esclavo.